
Populismos

¿Cuándo, dónde, por qué?

Juan Francisco Fuentes

«Un fantasma recorre el mundo: el populismo». Parece escrita hoy mismo, pero esta versión de la célebre frase con la que Marx y Engels empezaban *El manifiesto comunista* —«un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo»— data de 1967, cuando el filósofo y antropólogo Ernest Gellner la utilizó para expresar un estado de opinión, según él, cada vez más extendido. Fue en un coloquio sobre el populismo celebrado en la London School of Economics, cuyas actas, publicadas en 1969 con el título *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, habrían de convertirse en el texto canónico sobre la materia, según afirmó treinta años después Paolo Pombeni. Ya se ve que el libro, coordinado por Ernest Gellner y Ghiță Ionescu, no ha perdido actualidad desde entonces, sino todo lo contrario. La perplejidad de Gellner por la magnitud del fenómeno en los años sesenta se parece a la nuestra cincuenta años después. A pesar del tiempo transcurrido y de lo mucho que se ha escrito sobre el tema, seguimos fascinados e im-

potentes ante el «desorden semántico» y el «espejismo conceptual» que, como dice Pierre-André Taguieff, se esconden tras la voz *populismo*.

Recorrer su trayectoria desde sus orígenes a finales del siglo XIX puede ayudar a clarificar su significado y a descubrir las constantes históricas que se observan en su variada tipología. Aunque el fenómeno tiene lejanos antecedentes que se remontan a la Roma clásica, cuando la facción de los *populares* oponía sus métodos asamblearios a la política elitista de los *optimates*, en su acepción moderna aparece en el siglo XIX al calor de luchas sociales muy complejas que escapaban a interpretaciones reduccionistas del tipo clase contra clase. A los *narodniki* (populistas) rusos, surgidos en 1860, se les suele considerar pioneros de lo que más tarde se conocerá como populismo. Se trata, sin embargo, de un fenómeno genuinamente ruso con escasa proyección fuera del Imperio zarista, aunque comparta algunos rasgos con otros movimientos de esta naturaleza, como la idealización de la vida campesina, el papel dirigente desempeñado por una minoría de activistas de origen mesocrático y la consideración del pueblo como destinatario de un mensaje de redención social. También el *boulangisme* francés anticipa algunos de sus ingredientes esenciales, principalmente el antiparlamentarismo y un nacionalismo con tintes xenófobos. Nacido tras la derrota de Francia en la Guerra Franco-prusiana y seguidor del general Georges Boulanger, consiguió arraigar en sectores sociales y políticos muy diversos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, gracias a un discurso ambivalente e interclasista que lo aproxima a los partidos «atrápalotodo» característicos del siglo XX. Si se busca una analogía entre el *boulangisme* y el populismo actual, podría añadirse su apelación al referéndum como alternativa al sistema representativo y su personificación del espíritu popular en un líder carismático a menudo calificado de «viril» y «honesto». El hecho es que ni el *boulangisme*

francés, pese a sus múltiples concomitancias con el populismo del último siglo, ni los *naródniki* rusos pueden considerarse decisivos en el origen del concepto.

Su nacimiento se produjo en Estados Unidos a finales del siglo XIX, en circunstancias que hoy en día nos resultan familiares. El fuerte incremento del comercio mundial a partir de 1870, en lo que los economistas han llamado «la primera globalización», provocó graves problemas a los pequeños agricultores norteamericanos para hacer frente a la caída de los precios. El impacto económico y social de la crisis, sobre todo en los estados agrarios del Sur y del Medio Oeste, llevó a una movilización política sin precedentes de los sectores afectados, que se tradujo en la creación de la Farmers' Alliance y en 1892 del Populist o People's Party. Todo fue muy deprisa. Ese mismo año, el candidato del People's Party, James W. Weaver, conseguía más de un millón de votos en las elecciones presidenciales y ganaba en estados como Kansas, Colorado, Idaho, Nevada y Wisconsin. También en 1892, el término *populism* aparecía por primera vez en un artículo del *New York Times* y un año después en el *Washington Post*. En 1895, se publicaba el opúsculo *What is Populism*, de T. C. Jory –tal vez el primer libro que incluye el término en su título–, y en las siguientes elecciones presidenciales, el candidato demócrata-populista William Bryan, apoyado por el People's Party, obtenía 6.500.000 de votos, frente a los 7.100.000 del vencedor, el republicano William McKinley. El resultado fue mucho más reñido de lo esperado. El populismo se había puesto de moda.

El año 1896 marcó un antes y un después en la historia del concepto, y no sólo en Estados Unidos. El mismo día de las elecciones norteamericanas, el *London Daily News* dedicaba un artículo titulado «What is Populism?» a explicar su rápido crecimiento en los últimos años y a ofrecer a sus lectores una definición de urgencia, que ha resistido bastante bien el paso del tiempo: «La idea central

del populismo es un paternalismo concentrado» (3.11.1896). Al día siguiente de las elecciones, nada más conocerse los resultados, el periódico español *La Época* se felicitaba por la victoria «de la tendencia conservadora», representada por McKinley, «frente a las aspiraciones socialistas del *populismo* y de las masas democráticas aliadas o confundidas con él» (4.11.1896). El hecho de que la palabra se escribiera en cursiva parece una advertencia al lector sobre su novedad en nuestra lengua y lo incierto de su significado. La voz, sin embargo, se generalizó enseguida, incluso en la prensa de provincias. El *Adelanto* de Salamanca, por ejemplo, informaba en septiembre de 1897 de la influencia que «las exageraciones del populismo» podían tener en las próximas elecciones municipales en Nueva York (3.9.1897). La prensa francesa venía utilizándola también a propósito de las batallas electorales que se estaban librando en Estados Unidos. «Le populisme américain»: así titulaba el *Gil Blas* una columna dedicada a las próximas presidenciales norteamericanas (10.8.1896). El populismo equivaldría en aquel país, afirma el autor, a lo que el socialismo y el comunismo significaban en Europa. Es una interpretación interesante –parecida a la de *La Época*–, que veía el fenómeno como un sucedáneo americano de la izquierda obrera europea. Pero, a diferencia de esta última, su base social estaba formada mayoritariamente por campesinos y su radicalismo político en modo alguno se podría calificar de revolucionario.

El artículo del *Gil Blas*, como otros de la prensa francesa del momento, anticipa en más de tres lustros la fecha comúnmente aceptada de la aparición del término en francés. Sus primeros usos se produjeron a finales del siglo XIX, como en España, y no en 1912, según una cronología que se repite con frecuencia y da por buena el Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales, que remite al libro de Grégoire Alexinsky *La Russie Moderne*, aparecido aquel año, como primer uso conocido al traducir como «popu-

lisme» la voz rusa «narodnichestvo». La datación correcta (1896 en vez de 1912) tiene su importancia, porque indica la rápida adopción del concepto a este lado del Atlántico como consecuencia de la oleada globalizadora que se estaba produciendo entre los dos siglos y que permitía a todo tipo de mercancías, personas, ideas, noticias y palabras circular por el mundo a gran velocidad. El mismo proceso que hundió los precios de los productos agrícolas y arruinó a miles de granjeros en Estados Unidos trajo a Europa la voz populismo.

Las coordenadas geográficas y temporales de aquella primera manifestación del fenómeno deben tenerse muy presentes para entender su evolución posterior. La crisis de la agricultura norteamericana se produjo justo después del llamado «land boom» de la década de los ochenta, que llevó a la compra masiva de tierras por parte de agricultores sin recursos, animados por un mercado en expansión y por el deseo de mejorar su estatus, aunque fuera hipotecando sus propiedades para poder endeudarse. Pero el cambio de ciclo en la década siguiente los abocó al doble reto de dar salida a sus productos y hacer frente al pago de sus deudas so pena de ser despojados de sus tierras por sus acreedores. Esta es una situación que se repetirá con frecuencia en el origen de los movimientos populistas: el drama del desahucio y la responsabilidad de la banca. No se trata exactamente de un conflicto entre clases sociales, sino de algo aún peor, porque lo que está en frente no se percibe como una clase explotadora, sino como un engranaje financiero invisible e implacable. A un lado, la gente; al otro, el dinero. Este fue el caldo de cultivo del People's Party en sus estados originarios, Kansas y Nebraska, y de él surgirá un discurso económico fuertemente proteccionista con ribetes comunitaristas y anticapitalistas, patentes en su denuncia de la especulación y del patrón oro, que facilitaba y abarataba el comercio internacional, y en su campaña por la nacionalización de los ferrocarriles, a los que

se hacía responsables de la crisis agraria. Esta es la razón por la que algunos contemporáneos, sobre todo en la prensa europea, le atribuyeron inicialmente un carácter socialista. En otro orden de cosas, el People's Party abogó por la elección directa del presidente y del vicepresidente de Estados Unidos, por el sufragio femenino y por el recurso al referéndum como forma de dirimir cuestiones sustanciales de la vida pública. Era más difícil en cambio que los populistas del norte y del sur se pusieran de acuerdo en la cuestión racial, centrada en facilitar o no el voto de los negros.

La retórica del populismo

Se ha señalado a menudo la importancia de la retórica en la naturaleza del populismo, imbatible, junto al nacionalismo –su hermano gemelo–, en su facilidad para crear un lenguaje propio, de especial plasticidad y emotividad, formado de palabras, mitos e imágenes que representan el martirologio y los afanes del pueblo. Como dice Rogers Hollingsworth al estudiar el movimiento populista surgido en Kansas a finales del siglo XIX, su particular retórica «proporcionaba confort a aquellos que se sentían alineados por su nuevo entorno y daba un nuevo sentido a la vida de quienes intentaban desesperadamente reafirmar su individualidad en sus valores tradicionales». Pero, con ser esto importante, el fin de la retórica populista no es sólo confortar a sus seguidores y combatir a sus adversarios. Debe servir sobre todo para unir grupos e intereses que pueden llegar a ser muy heterogéneos y hasta contrapuestos, creando una poderosa ilusión de unidad y seguridad que expulse fuera de ese núcleo unitario cualquier división o conflicto. De ahí que para contrarrestar sus propias contradicciones y simplificar situaciones muy complejas el populismo recurra a un maniqueísmo estructural –no sólo a una «división dicotómica de la

sociedad», como afirma Laclau— capaz de convertir un malestar social intenso, pero de origen incierto, en un conflicto entre *nosotros* y *ellos*.

Esa capacidad de encantamiento y esa especial ductilidad explican su rápida internacionalización y su adaptación a momentos, circunstancias y países muy diversos. El Parlamento, los partidos políticos, la plutocracia y las corporaciones, más que el capitalismo, estarán siempre entre sus bestias negras. A la sombra del populismo de principios del siglo XX proliferaron los movimientos «antipartido» y las «ligas» de toda índole en pie de guerra contra un sistema acusado de dividir artificialmente a la población. «¡No más partidos!», exclamó en 1908 el dirigente de una de las ligas creadas en la Alemania guillermina. Ese mismo año, la discusión del presupuesto en Gran Bretaña, al que Lloyd George había dado un fuerte carácter social, desencadenaba una larga batalla parlamentaria con los lores, que, viéndose perjudicados por la nueva política fiscal, pretendieron apelar al pueblo en un referéndum que permitiera soslayar el poder del Parlamento. La iniciativa no llegó a prosperar, pero muestra el potencial del populismo como una ideología a la carta que puede servir para cualquier cosa. La opción plebiscitaria frente al Parlamento y los partidos se consagraba como una fórmula consustancial al populismo de cualquier signo. A ella recurrirá con frecuencia el nazismo en los años treinta en su afán por restaurar el derecho a decidir del pueblo alemán.

La Gran Depresión potenciará el papel del populismo y diversificará su respuesta a la crisis del liberalismo político y económico. La desesperación de los más vulnerables, sobre todo de aquellos que perdieron su empleo, se tradujo en un apoyo electoral creciente a las fuerzas más extremistas, como el Partido Nacional-Socialista alemán, que en tan sólo dos años, entre 1928 y 1930, pasó de 12 a 107 diputados. Su propaganda aunaba todos los ingredientes de la retórica populista, siempre propicia a interpre-

taciones conspirativas y xenófobas del origen de los grandes cataclismos sociales, a la apelación directa al pueblo, vía referéndum, y a la búsqueda de un hombre providencial que lo redima de sus penalidades. Aunque el incremento exponencial del paro, que dejó sin trabajo a más de seis millones de alemanes, tuvo efectos letales para la República de Weimar, no debe subestimarse la importancia del problema de la vivienda en la deslegitimación de la democracia, a la que se hacía responsable de los desahucios sufridos por los inquilinos morosos y los pequeños propietarios hipotecados con los bancos. No es casualidad que las dos principales fuerzas antisistema, el Partido Comunista y el Partido Nacional-Socialista, coincidieran en su apoyo a la «huelga de alquileres» convocada en Berlín en septiembre de 1932. Una foto tomada por aquellos días en un callejón de una barriada obrera nos muestra, al fondo, escrito en la pared, el lema de la huelga: «Primero la comida, luego el alquiler» («Erst Essen, dann Miete»). A uno y otro lado del callejón, banderas nazis y comunistas cuelgan de algunas ventanas.

Ya se ve que el populismo no conocía fronteras ideológicas o geográficas. En Francia, el Frente Popular lo integró en su imaginario interclasista y en su estrategia para conseguir todo tipo de apoyos electorales. Cancelada por la III Internacional la política de clase contra clase, el pueblo emergía como instancia salvadora a la que apelar en un momento en que la humanidad se jugaba el todo por el todo frente al fascismo. De ahí la llamada de Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista, a la reconciliación de todos los hijos del pueblo, el obrero, el empleado, el campesino, incluso el católico —«eres nuestro hermano [...], sufres como nosotros»—. De todas formas, a pesar de esta retórica rebozante de emotividad y sentimentalismo, la aceptación del marco institucional por parte del Frente Popular lo alejaba un tanto del canon populista, mucho más reconocible en la extrema derecha

antiparlamentaria. Se ha estudiado a fondo también la importancia del populismo y la xenofobia en el nacionalismo catalán de los años treinta, sobre todo en Estat Català, en cuya órbita se movían organizaciones y grupúsculos de nombre inequívoco, como el *Moviment Nacionalista Totalitari* o *Nosaltres Sols!* El primero constituye una auténtica rareza en la historia mundial de los totalitarismos, porque tal vez ningún otro, ni siquiera entre aquellos que se proclamaban abiertamente totalitarios, haya osado llevar la propia palabra en su nombre. Por su parte, *Nosaltres Sols!* buscó el apoyo del Tercer Reich a la causa del separatismo catalán y mantuvo contactos con la embajada alemana en Madrid y con el consulado en Barcelona, a través del cual presentó al gobierno de Hitler una detallada propuesta de colaboración en vísperas de la Guerra Civil española.

No menos compleja resulta la evolución del populismo en Estados Unidos durante los años treinta. La disolución del *People's Party* en 1908 no impidió que su ideario impregnara la vida pública del país a través del Partido Demócrata –su aliado natural–, del *Progressive Party* de Robert La Follete e incluso de la administración republicana presidida por Herbert Hoover entre 1929 y 1933. Fue tal su influencia en las reformas emprendidas desde finales del siglo XIX, según John D. Hicks, que podría decirse que el populismo murió de éxito al haber conseguido incorporar la mayoría de sus ideales a la legislación positiva y a los propios fundamentos de la democracia americana. «Gracias al triunfo de los principios populistas», escribía Hicks en 1931, «casi se puede decir [...] que hoy manda el pueblo». La lucha contra la recesión exigió, sin embargo, redoblar la intervención del Estado frente a injusticias y desigualdades que la crisis había agravado hasta niveles insoportables. En el *New Deal* de Roosevelt y en particular en sus actuaciones en las regiones agrarias más deprimidas, como el valle del Tennessee, se reconocen fácilmente algunas de las propuestas

del People's Party a caballo entre los dos siglos. Lo mismo se puede decir de la regulación del capitalismo financiero y de las medidas a favor de los campesinos morosos en riesgo de desahucio. El sentimentalismo populista inspiró asimismo algunas de las obras emblemáticas del cine y la literatura de la época, desde *Las uvas de la ira* hasta *¡Qué bello es vivir!*, expresión insuperable, aunque algo tardía (1946), de los principales estereotipos sociales del populismo americano, como el sentido comunitario de la vida o el apego a la pequeña propiedad, amenazada por la codicia de los plutócratas, enemigos naturales del pueblo.

Aunque se ha considerado el macartismo como un populismo de extrema derecha, cuando no fascista, la Guerra Fría supuso un significativo declive del fenómeno, al desaparecer las condiciones históricas que impulsaron su crecimiento en las décadas anteriores. Tanto el progreso económico y social como la consolidación de la democracia parlamentaria le dejaron escaso margen como alternativa a un sistema que parecía haber resuelto los problemas del viejo liberalismo. Al menos en el Primer Mundo, porque el populismo latinoamericano conoció en la posguerra mundial una etapa dorada, hasta el punto de convertirse, para algunos autores, en su principal modelo: el verdadero populismo sería el latinoamericano; el ruso y el estadounidense habrían sido la excepción. Eso era mucho decir, pero es indudable que América Latina reforzó algunos de sus rasgos esenciales, como el caudillismo y la tendencia al melodrama, patente en la vida y la muerte de Eva Perón. Su base urbana, frente al carácter rural de los *narodniki*, del People's Party y hasta cierto punto del *boulangisme* francés, anticipa asimismo el giro del populismo hacia una izquierda posmarxista que habría de tener un notable predicamento entre las clases medias urbanas.

Ese cambio de paradigma, de rural a urbano, de premarxista a posmarxista, favoreció su resurgir en los años sesenta y la reformulación de su significado por parte de la llamada Nueva Iz-

quiera, contraria al oportunismo de la izquierda oficial e incómoda con la *Realpolitik* soviética en la nueva fase de distensión iniciada en 1962 con la crisis de los misiles. Hubo otros factores en ese regreso al pueblo como sujeto histórico de la revolución pendiente. Influyó, sin duda, la impronta juvenil de la Nueva Izquierda, atraída por una concepción utópica y carnavalesca de la revolución que conectaba mucho más con el pueblo de Michelet –tal vez el primer populista de la historia moderna– que con una clase obrera cada vez más domesticada y propensa al reformismo. Había que recuperar la pureza perdida de los viejos principios, alejarse de los mandarines de la revolución y abrazar sin reservas la causa del pueblo. *La Cause du Peuple* será precisamente el título del periódico fundado en París en mayo de 1968 bajo el patrocinio de Sartre y el poderoso magnetismo de la China de Mao, principal referente exterior de la izquierda más intransigente, fascinada con la Revolución Cultural, su sentido purificador de la violencia y el uso de las comunas campesinas como antídoto frente a las tentaciones de la vida urbana, burguesa por definición. Mientras tanto, se iba desvaneciendo la fe en la voluntad revolucionaria de la clase obrera industrial, mucho más dispuesta a aprovecharse del sistema que a destruirlo, como se puso de manifiesto con la firma de los acuerdos de Grenelle por los sindicatos franceses y el gobierno de Pompidou, que acabó con la efímera alianza entre obreros y estudiantes en Mayo del 68. Hacía falta una solución de recambio, que podía intuirse en la retórica premarxista, de regusto decimonónico, de la Nueva Izquierda, en la que las nociones de pueblo y guerrilla se daban la mano.

Todo ello explica la aparición a partir de finales de los sesenta de un buen número de grupos terroristas que, como el anarquismo y el viejo populismo ruso, pretendían hacer de la violencia una forma de justicia exprés y redención social. Había

en ellos, además, como un trasfondo nihilista provocado por la frustrante experiencia de la «década prodigiosa» al comprobarse la fortaleza de la decadente sociedad occidental —«escandalizar al burgués», se lamentaba en 1969 el historiador marxista Eric Hobsbawm, «es más fácil que acabar con él»—. No es casualidad que la palabra populismo viera notablemente aumentada su presencia en las principales lenguas occidentales. Según el buscador online Google Books Ngram Viewer, entre 1960 y 1970 el uso del término en el lenguaje escrito se multiplicó por 2,4 en inglés y en francés, por 3,1 en italiano y por 8,8 en español, debido a la creciente importancia del concepto en el vocabulario político latinoamericano. No le faltaba razón, como se ve, a Ernest Gellner al evocar en 1967 el famoso fantasma que, según el *Manifiesto comunista*, tenía atemorizada a la burguesía europea a mediados del siglo XIX y que reaparecía ahora en forma de populismo. Se trata más bien de una versión tercermundista del fenómeno, que venía a dar respuesta a la pregunta que, según Ernest Gellner y Ghiță Ionescu, se había hecho todo el mundo a finales de los años cincuenta: ¿cuántos de los nuevos estados surgidos de la descolonización optarían por un sistema comunista? La respuesta diez años después estaba tan clara, que la propia pregunta parecía «out of date»: el populismo le había ganado la partida al comunismo como alternativa al capitalismo. Y no sólo en el Tercer Mundo. En opinión de estos autores, algunos regímenes comunistas estaban evolucionando en esa misma dirección. No llegan a decirnos a qué países se refieren, pero cabe imaginar que se trataba de aquellos que se habían alejado de la órbita soviética, como China y Yugoslavia, o que pretendían representar, como Cuba, una versión romántica y combativa del comunismo, con mucho pueblo, mucho «¡Patria o muerte!» y muy poca clase obrera.

La crisis económica iniciada en 1973 y el fin de los llamados «treinta años gloriosos» del capitalismo no impulsaron al popu-

lismo ni en la calle ni en las urnas, a diferencia de lo ocurrido en tiempos de la Gran Depresión. El efecto amortiguador del estado del bienestar y la solidez de la democracia parlamentaria neutralizaron el impacto de la crisis e impidieron el ascenso de las fuerzas antisistema. Si alguien sacó partido de ella fue la derecha tradicional, favorecida por el creciente descontento de las clases medias con la socialdemocracia, al menos en la Europa del Norte. Si acaso se pueden reconocer resabios populistas en la «revolución conservadora» encabezada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, con su anti-intelectualismo, su retórica nacionalista y su cruzada antifiscal. También en la creación en 1972 del Frente Nacional francés por el político ultraderechista Jean-Marie Le Pen, procedente del *poujadisme* de los años cincuenta y heraldo de un nacionalismo que se alimentaba de una xenofobia todavía marginal. Su estilo tribunicio empezará a ganar adeptos en los ochenta y a señalar el camino a otros populismos, no sólo de derechas: «Nosotros somos el pueblo», dirá Le Pen; «los de abajo» frente a «los de arriba».

Poca cosa, de momento, al lado de lo que fue el populismo en sus buenos tiempos. Sin embargo, contra lo que cabía esperar, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desaparición del comunismo en el Este de Europa le abrieron una formidable «ventana de oportunidad», por utilizar una expresión grata al populismo posmoderno. Sorprende que la victoria del liberalismo en la Guerra Fría se tradujera en tal proliferación de partidos, líderes y gobiernos populistas, dentro y fuera de Europa. En buena lógica, la caída del Muro debería haber significado la apoteosis de la democracia liberal, que en medio siglo había derrotado a dos enemigos formidables: al fascismo en la Segunda Guerra Mundial y al comunismo en un conflicto, la Guerra Fría, del que nadie esperaba tal desenlace. Cinco años después, la euforia de aquel momento se había desvanecido por completo para dar paso, en palabras de Charles Maier, a un anticlímax parecido al que sucedió a la alegría por la

victoria en 1918. ¿Sería 1989, se preguntaba este profesor de Harvard, una «victoria históricamente tóxica», como las que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial o a la Guerra Franco-prusiana, capaces de engendrar nuevos resentimientos en vez de acabar con ellos? Para Charles Maier, ese «anticlímax» post-Guerra Fría era el resultado de una crisis moral de la democracia que estaría dejando un largo rastro de cinismo político y descrédito institucional y alimentando una peligrosa alternativa, que él denomina «populismo territorial». Volveremos sobre este concepto.

El regreso del populismo a la actualidad

Varias circunstancias ayudan a entender el regreso del populismo al primer plano de la actualidad. El fin del comunismo en el Este de Europa, en países de escasa o nula tradición democrática, creó un vacío político que fue aprovechado por un nacionalismo de corte populista y a menudo autoritario. En esa metamorfosis tuvo mucho que ver la antigua *nomenklatura* comunista, que vio en el populismo una forma de sobrevivir a la desaparición de su antiguo modo de vida. La nueva ola no tardó en llegar también a las democracias occidentales. La superación de la política de bloques acabó afectando al sistema de partidos establecido tras la Segunda Guerra Mundial, fuertemente condicionado por la bipolaridad internacional en aquellos años. De ahí la crisis del bipartidismo en países como Francia y sobre todo Italia, una de las avanzadillas del mundo occidental frente al comunismo y escenario en los noventa de un desguace sin precedentes de los partidos tradicionales. Ejemplo de ello fue lo ocurrido con la Democracia Cristiana, el Partido Socialista y el Partido Comunista, situados durante décadas a uno y otro lado de un imaginario telón de acero cuya desaparición los convirtió de repente en obsoletos. El resultado fue la

formación de nuevos partidos dispuestos a recoger electoralmente los restos del naufragio. Dos de ellos tenían una clara vena populista: la Liga Norte (*Lega Nord per l'Indipendenza della Padania*), puro populismo territorial y xenófobo, y la conservadora *Forza Italia*, liderada por el empresario Silvio Berlusconi, que en abril de 1994 alcanzó por primera vez la jefatura del gobierno gracias a una coalición de varios partidos, entre ellos la Liga Norte. Fundada como *Alleanza Nord* en diciembre de 1989, apenas un mes después de la caída del Muro de Berlín, la Liga Norte sería el fruto más temprano de una relación causa-efecto entre el fin de la Guerra Fría y la crisis del sistema de partidos ligado a ella.

Los años noventa fueron también la década de la globalización, un término no del todo nuevo, pero que alcanzó al final del milenio una preeminencia inusitada como expresión de una nueva realidad, determinada por la capacidad de las tecnologías de la información, en particular, Internet —otra palabra en alza—, para configurar un mundo sin fronteras. ¿Fue la globalización la causa de lo que Klaus von Beyme llamó la tercera ola populista? La cuestión ha provocado un debate interminable, en el que parecen imponerse las tesis de quienes consideran que el populismo recoge la frustración de los «perdedores de la globalización» y da forma política a su deseo de cambio. Esta interpretación cuenta con varios factores a favor. Por un lado, concuerda con los orígenes del fenómeno a finales del siglo XIX, cuando la internacionalización de la economía y el hundimiento de los precios agrícolas provocaron la aparición del *People's Party* americano entre los damnificados de aquel proceso, agricultores hipotecados con los bancos y acuciados por el pago de sus deudas. Por otro, permite explicar los fuertes lazos históricos que unen al populismo con el nacionalismo, ideología reactiva de eficacia probada en tiempos de crisis. El populismo territorial sería la confluencia de esa doble respuesta identitaria a los costes sociales de la economía global y al malestar

derivado de la última recesión: la nación como constructo inexpugnable y refugio de un pueblo amenazado. Frente a la incertidumbre que viene de fuera, esta concepción fetichista del territorio reivindicaría el espacio propio como un lugar seguro y sagrado que debe preservarse de toda forma de expolio económico o cultural.

La crisis económica iniciada en 2008 confirma sólo en parte, sin embargo, la teoría que atribuye el auge actual del populismo a los llamados «perdedores de la globalización», movilizados contra el sistema en cumplimiento del viejo síndrome populista: un estado emocional capaz, como dice Torcuato di Tella, de poner en contacto a unas elites incongruentes –desclasadas, oportunistas– con unas masas dispuestas a la acción. En realidad, las advertencias sobre la magnitud de la ola populista que se cernía sobre el mundo son anteriores a la última crisis y obligan a matizar una posible relación entre la una y la otra. «En el siglo XXI existen mejores condiciones que nunca para la aparición y el éxito del populismo», afirmaron Albertazzi y McDonnell antes de que la recesión se tradujera en recortes sociales, desempleo y desahucios. La cronología de la última ola populista no es tan fácil de establecer, por tanto, como podría deducirse del caso español.

Puede que la búsqueda de distintos modelos geográficos nos ayude a entender por qué una determinada etiología funciona en unos casos y no en otros. Por centrarnos en Europa, donde se localizan no menos de cuarenta partidos de este cariz, cabría diferenciar tres grandes espacios con características propias: la Europa Central y del Este, la Europa del Norte y la Europa mediterránea. En cada uno de ellos se observa una cronología, una etiología y una morfología relativamente distintas. En la antigua Europa comunista, el populismo se encontraba ya en su apogeo al empezar la recesión. Michael Shafir lo calificó de «trendy topic» en 2008 al estudiar su rápido crecimiento en Europa Central y del Este. Las causas se remontaban, como se ha visto, al colapso del comunismo

y a la dificultad de consolidar una economía de mercado y una democracia estable con amplio respaldo social. Los cambios fronterizos y demográficos experimentados en los años noventa provocaron asimismo, como ocurrió en el periodo de entreguerras, irredentismos territoriales y conflictos étnicos fácilmente manipulables. Las circunstancias no podían ser más favorables para el desarrollo de un nacionalismo populista que contaba con numerosos antecedentes en la región.

No faltan razones, como se ve, para considerar el populismo una patología política recurrente, cuya capacidad de contagio se ha visto incrementada gracias a las nuevas tecnologías, que han facilitado la propagación del virus entre los grupos sociales y generacionales más expuestos. La cepa populista de los países del Norte de Europa responde al patrón típico de la globalización: miedo a la inmigración y a la competencia de los países emergentes y rechazo a una instancia supranacional, como la Unión Europea, que se percibe como ajena, lejana y onerosa. Es difícil encontrar en estos países movimientos políticos que puedan identificarse con un populismo de izquierdas, a diferencia de lo que sucede en la Europa mediterránea, donde cuenta con una nutrida presencia, representada por Podemos en España, el Movimiento 5 Estrellas en Italia, Syriza en Grecia y el partido creado en Francia por Jean-Luc Mélenchon en 2016 –La Francia Insumisa– con vistas a las elecciones presidenciales del año siguiente. Aunque esta izquierda populista guarde un lejano parentesco con la New Left de los sesenta, hay algo en ella de ese «paternalismo concentrado» que el *London Daily News* vislumbró en el populismo allá por 1896.

El caso español es un compendio de los factores fundamentales que han jalonado su historia desde que se reconoce como tal y lleva ese nombre. Mientras en Estados Unidos el «land boom» de finales del siglo XIX dio paso a la crisis hipotecaria que condenó a la precariedad a miles de campesinos del Medio Oeste, en España el boom

de la vivienda de principios del siglo XXI fue el prólogo y en parte el origen de la oleada de morosidad y desahucios provocada por la recesión. La razón de fondo en ambos casos fue la globalización y sus efectos impredecibles sobre el empleo, el crédito y los precios, y la consecuencia final, una movilización, primero social y luego política, de los sectores más perjudicados: de la Farmers' Alliance al People's Party, de los Indignados a Podemos. Sin negar la importancia de otras causas, como el rechazo a la inmigración o el desempleo, conviene recordar el papel que la defensa de la vivienda y la pequeña propiedad y la lucha contra el capitalismo financiero han tenido como detonante de estos movimientos. En general, no responden, por tanto, a una ideología colectivista y socializante, a pesar de su apariencia comunitarista y de la existencia de un viejo equívoco al respecto, como se aprecia en la recepción del fenómeno por la prensa europea de finales del siglo XIX. Bien al contrario, son ardientes defensores de la propiedad individual frente al poder de la banca y de las corporaciones. En ese sentido, se los puede considerar un ejemplo de lo que Crawford Macpherson llamó «individualismo posesivo», que suele derivar en un radicalismo político hiperdemocrático o antidemocrático, sin que a veces sea fácil distinguir lo uno de lo otro. Su actuación se dirige contra el bipartidismo, las elites políticas y financieras, las instituciones representativas y los efectos de la globalización, y plantea formas genéricas de democracia directa de tipo asambleario y plebiscitario. La cruzada contra el patrón oro lanzada en su día por el People's Party americano presenta asimismo coincidencias sustanciales con el furor antieuropeísta de la mayoría de los populismos europeos. No es el caso de Podemos, que intenta llevar con discreción su euroescepticismo antropológico, aunque la principal diferencia entre el People's Party y Podemos radica en la base rural del primero y el carácter urbano del segundo –no tanto de algunas de sus «confluencias». Con estas salvedades, la analogía entre ambos se sostiene bastante bien.

El canon populista se cumple, si cabe, en mayor grado en el actual independentismo catalán, tanto en el de tipo *völkisch*, de origen nacionalcatólico, como en el republicano y ultraizquierdista. Pese a sus diferencias históricas y programáticas, coinciden en su fuerte arraigo en el medio rural y en su pulsión totalitaria, que recuerda la explícita reivindicación del totalitarismo por parte de uno de los grupúsculos nacionalistas que pululaban por la Cataluña de los años treinta: el Moviment Nacionalista Totalitari. El árbol genealógico del independentismo incluye también, y de forma muy destacada –al menos así lo ha declarado Quim Torra, actual presidente de la Generalitat–, al grupo Nosaltres Sols!, que en 1936 dirigió un memorándum al gobierno de Hitler solicitando su apoyo a la independencia de Cataluña. Como en su día el Tercer Reich y su aspiración a construir la «Gran Alemania», el proyecto independentista, especialmente en su programa máximo –los Países Catalanes–, constituye un buen exponente de ese «populismo territorial» que, según Charles Maier, busca siempre un aval plebiscitario a su política de «salvación nacional». La ruptura con España y la recuperación de los antiguos territorios de la Corona de Aragón mediante un *Anschluss* previamente plebiscitado –como en Austria en 1938– culminarían un largo proceso histórico en pos de una plenitud nacional finalmente reencontrada.

Es el populismo territorial en su máxima expresión, como pancea frente a la crisis económica y realización de un supuesto sueño colectivo de emancipación a la vez social y nacional: Cataluña como «un sol poble», sin elementos indeseables que cuestionen su unidad territorial o lingüística. En ello radica la lógica del populismo, antipluralista por naturaleza, como afirma Jan-Werner Müller: no acepta otra cosa que la total representación del pueblo, que él mismo se arroga, y rechaza como un cuerpo extraño y peligroso a cualquiera que se la discuta. Esta facilidad para crear comunidades a su imagen y semejanza y convertirlas en fuente de

de las posibles respuestas a la pregunta de la que Albertazzi y McDonnell titulaban hace años uno de los epígrafes de su libro: ¿por qué tiene tanto éxito el populismo?

J. F.

Este artículo forma parte del proyecto *New Populisms in post-Cold War Europe: A Symbolic Map. Iconography, Rituals, Leaderships*, en el que he trabajado durante mi estancia como Visiting Senior Fellow en el IDEAS Centre de la London School of Economics. Agradezco a IDEAS LSE y en particular al profesor Michael Cox y a la doctora Emilia Knight, director y mánager de IDEAS, su hospitalidad y amabilidad durante mi estancia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTAZZI, Daniele, y MCDONNELL, Dundan. (eds.). *Twenty Years of Populism: The First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy*, Londres: Palgrave-MacMillan, 2008.
- CANOVAN, Margaret. *Populism*, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1981.
- DE GRANDIS, Rita. «The Masses Do Not Think, They Feel», *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies / Revue canadienne d'études latino-américaines et caraïbes*, 24, 48, 1999, Special Edition / Édition extraordinaire: «Eva Perón», pp. 125-132.
- DI TELLA, Torcuato S. «Populismo y reforma en América Latina», *Desarrollo Económico*, 4, 16 (abril-junio), 1965, pp. 391-425.
- GELLNER, Ernst, y IONESCU, Ghiță. *Populism: Its Meaning and National Characteristics*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1969.
- HICKS, John D. *The Populist Revolt. A History of the Farmers' Alliance and People's Party*, Minneapolis: The University of Minnesota Press, 1931.

- MAIER, Charles. «Democracy and Its Discontents», *Foreign Affairs*, 73, 4 (julio-agosto), 1994, pp. 48-64.
- MÜLLER, Jan-Werner. *What Is Populism?*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2016.
- NUGENT, Walter T. K. «Some Parameters of Populism», *Agricultural History*, 40, 4 (octubre), 1966, pp. 255-270.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. «Nacionalismos periféricos y fascismo. Acerca de un memorándum catalanista a la Alemania nazi (1936)», *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 311-334.
- RUPNIK, Jacques. «From Democracy Fatigue to Populist Backlash», *Journal of Democracy*, 18, 4 (octubre), 2007, pp. 17-25.
- SHAFIR, Michael. «From Historical to “Dialectical” Populism: The Case of Post-Communist Romania», *Canadian Slavonic Papers / Revue Canadienne des Slavistes*, 50, 3/4 (septiembre-diciembre), 2008, pp. 425-470.
- UCELAY DA CAL, Enric. *La Catalunya populista: Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1951-1959)*, Barcelona: La Magrana, 1982.
- VALLESPÍN, Fernando, y MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, Mária. *Populismos*, Madrid: Alianza Ed., 2017 .
- Vingtème Siècle. Revue d'histoire*. Número especial: «Les populismes», 56 (octubre-diciembre), 1997.
- WOODS, Dwayne. «The Crisis of Center-Periphery Integration in Italy and the Rise of Regional Populism: The Lombard League», *Comparative Politics*, 27, 2 (enero), 1995, pp. 187-203.

